

Cervantes y la comunicación de la historia

Alfredo Alvar Esquerra*

RESUM

L'autor estudia un camp poc advertit pel cervantisme: el del Cervantes teòric de la Història. A tal efecte, analitza les seves al·lusions als historiosòfs vigents a inicis del segle XVII, així com els llibres d'epistemologia històrica que va poder conèixer durant la seva joventut al costat de López de Hoyos. Seguidament, tot fent una exègesi sobre el text de l'humanista del *Quixot* i resseguint al López de Hoyos autor de les innecessàriament anomenades *Relaciones topogràficas*, posa de manifest la manera com aquest va ser menystingut pel seu propi deixeble, Cervantes. El següent aspecte tractat és el dels criteris de Cervantes sobre l'escriptura de la Història i, finalment, la manera com ho va efectivament fer, en el complex i fascinant passatge de la vida del captiu. En el seu tractament, l'autor combina el text cervantí amb documentació inèdita de l'arxiu de Simancas.

Paraules clau: Cervantes historiador, López de Hoyos, epistemologia històrica.

SUMMARY

This article analyzes a seldom noticed topic in Cervantism: that of Cervantes as a writer on History. It takes into account both his allusions to current historiosophs by the early seventeenth century and those books on historical epistemology he might have known during his youth near López de Hoyos. Then it undertakes an exegesis on *Don Quixote's* text on the figure of the humanist, it studies López de Hoyos as author of the unnecessarily so called «Topographic relations» and it shows how he was held in disdain by his own pupil, Cervantes. Another aspect dealt with in the article are Cervantes' ideas on how History should be written and how he actually did it in the complex and fascinating passage of the captive's life. Here the author intermingles the Cervantine text with unpublished evidence from the Simancas archive.

Key words: Cervantes historian, López de Hoyos, historical epistemology.

* Este texto y los que hay alrededor de él son resultado de un proyecto de investigación: «Cervantes y su época: teoría y práctica de la comunicación científica», Ministerio de Educación y Ciencia, HUM2004-04713/HIST.

Uno de los aspectos menos trabajados sobre Cervantes es el de sus capacidades historicistas. Aunque no es la primera vez que me vengo a ocupar de ello,¹ la invitación recibida para intervenir en este ciclo de conferencias me brinda la oportunidad de volver sobre la cuestión: historiosofía, historiografía, humanismo... y Cervantes.

Vuelvo, pues, una vez más, sobre la idea de que algunos párrafos de Cervantes se pueden y deben leer desde perspectivas historiográficas y, otros, cronísticas. La tautología, referida a un escritor capaz de dedicarse a hacer novelas de caballerías, es monumental. Pero lo que resulta atractivo en Cervantes es (o al menos a mí me lo ha parecido) que si mezclamos sus textos con los de historiadores de su época, o con documentos de Simancas, por poner un ejemplo, encontraremos una mezcolanza que, a buen seguro, ha de llamar la atención.

Lecturas de madurez

Es de sobra sabido que para los escritores de Historia en Cicerón se hallaban muchos de los principios deontológicos de su quehacer. Así, en efecto, la búsqueda de la verdad o la consideración de la Historia como maestra de la vida y luz de los tiempos. Vuelvo a recordar un espiguelo de referencias de Cervantes a Cicerón.

Cervantes cita a Cicerón, bien alabando su elocuencia, bien su retórica, varias veces: en *La Galatea*, al ensalzar a Francisco de Medina:

«Los ríos de elocuencia que del pecho
del grave antiguo Cicerón manaron;
los que al pueblo de Atenas satisfecho
tuvieron y a Demóstenes honraron;
los ingenios qu'el tiempo ha ya deshecho,
que tanto en los pasados se estimaron,
humillense a la sciencia alta y divina
del maestro Francisco de Medina»;

1. Alfredo ALVAR EZQUERRA, «Cervantes, la epistemología histórica de su tiempo y otros lugares comunes», *Edad de Oro*, 25 (2006), pp. 9-34; «Sobre libros y lecturas en López de Hoyos y Cervantes», en *Don Quijote. Madrid, 1605. Imprenta, libros y lectura en la España Moderna*, Madrid; «Cervantes y el Mediterráneo», en *II Ciclo de Don Quijote en el Ateneo*, Madrid; «Tres años y algo más de la vida de López de Hoyos», en *1605: Las universidades y el Quijote*, Alcalá de Henares; y ponencia en el Congreso «Contra moros y turcos». *Politiche e sistema di difesa degli stati mediterranei della Corona di Spagna in Età Moderna*, Villasimius-Baunei (Cerdeña), 20-24 septiembre 2005. Los cuatro últimos trabajos, en prensa.

en el «Prólogo» a *Quijote I*:

“porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón...”;

al principio de la aventura de la Cueva de Montesinos,² al acabar las bodas de Camacho, en las que tuvieron a don Quijote por «un Cid en las armas y por un Cicerón en la elocuencia». Poco después vuelve a aparecer en don Quijote en presencia de los Duques:

«—¿Qué quiere decir demostina, señor don Quijote —preguntó la duquesa—, que es vocablo que no le he oído en todos los días de mi vida?
—*Retórica demostina* —respondió don Quijote— es lo mismo que decir *retórica de Demóstenes*, como *ciceroniana*, de Cicerón, que fueron los dos mayores retóricos del mundo».³

Su grave ciencia queda recogida en *El juez de los divorcios*:

CHIRINOS.- Honrados días viva vuesa merced, que así nos honra; en fin, la encina da bellotas; el pero, peras; la parra, uvas, y el honrado, honra, sin poder hacer otra cosa. / BENITO.- Sentencia ciceroniana, sin quitar ni poner un punto. / CAPACHO.- Ciceroniana quiso decir el señor alcalde Benito Repollo».

Y sale también en el soneto a Gabriel del Barrio Angulo,

«Desde hoy más, la discreción
quedará puesta en su punto,
y el hablar y escribir junto
en su mayor perfección,
que en esta nueva ocasión
nos muestra, en breve distancia,
Demóstenes su elegancia
y su estilo Cicerón».

Es cierto que en ninguna de esas alusiones aparece mención explícita de las obras del romano, pero tampoco es imprescindible. Cervantes había leído y sabía algo de Cicerón. El qué, en concreto, ya es elucubración. No obstante, este problema no es obstáculo para seguir adelante porque, como veremos, las alusiones ciceronianas no son pocas.

Otro dato interesante más: que conoció a Garibay o a su viuda es evidente: compartieron casa en Valladolid. Hace poco puse en anecdótica relación, el último

2. *Quijote*, II, cap. XXII: «Donde se da cuenta [de] la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, a quien dio felice cima el valeroso don Quijote de la Mancha».

3. *Quijote*, II, cap. XXXII: «De la respuesta que dio don Quijote a su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos...».

acto vital de Garibay antes de expirar —el reconocimiento de una hija natural habida con mujer soltera— con el reconocimiento por Cervantes de su hijo natural napolitano en *El Viaje del Parnaso*.⁴

Y, en tercer y último lugar, que leyera a Luis Cabrera de Córdoba también es evidente:⁵

«No lo harás con éste dese modo,
que es el gran Luis Cabrera, que, pequeño,
todo lo alcanza, pues lo sabe todo;
es de la historia conocido dueño,
y en discursos discretos tan discreto,
que a Tácito verás si te le enseño».

Refresco la memoria: Luis Cabrera de Córdoba fue un personaje cortesano, nacido en Madrid en 1559 y murió en la Corte en 9 de abril de 1623. Escribió varias obras históricas, pero me interesa resaltar la epistemológica: *De Historia. Para entenderla y escribirla*, Madrid, 1611. Reeditada por Montero Alonso en 1948 es una obra clave en los escritos de teoría de la Historia de nuestro Siglo de Oro.⁶

Por tanto, como primera conclusión, podemos afirmar que el ambiente sobre la teoría de la Historia, o del uso que se ha de hacer de la Historia, no es tema ajeno a la mente portentosa de Cervantes.

Lecturas de juventud

Lo anterior hace alusión a sus reflexiones en época de madurez, porque no hay que olvidar que Cervantes es autor, en general, tardío. Sin embargo, podemos plantearnos, sin miedo a esoterizar otra vez sobre el bueno de Miguel, qué había leído u oído de historiosofía durante su juventud.

Para ello, contamos con dos joyas inestimables: las relaciones de las exequias por el príncipe don Carlos y por la reina Isabel de Valois hechas por López de Hoyos. En esta última obra, como se sabe, están insertos los muy famosos versos de Cervantes, que no son los primeros.

4. Los pasos de Garibay los he seguido por Amberes: Alfredo ALVAR EZQUERRA, *Cervantes. Genio y libertad*, Temas de Hoy, Madrid, 2004, pp. 309 y ss.

5. *Viaje del Parnaso*, vv. 106 y ss.

6. Las últimas páginas biográficas dedicadas a Cabrera de Córdoba son de José Martínez Millán y Carlos Morales, eds. lts. de Luis CABRERA DE CÓRDOBA, *Historia de Felipe II. Rey de España*, 3 vols., Salamanca, 1998, vol. I, pp. IX-XXIV.

López de Hoyos fue instructor de Cervantes. Dudo mucho que lo fuera en el Estudio de la Villa en esos luctuosos años de 1568 (pues Cervantes tenía 21 inviernos a sus espaldas), sino fuera del mismo, en clases particulares y, acaso antes de esas fechas. De López de Hoyos aprendió mucho, es de suponer. Pero luego, lo despreció como suele ocurrir tantas veces con los discípulos soberbios. Leyendo algunos textos de Hoyos y viendo los avatares de la vida de Cervantes, es más que posible que acabaran chocando. Vuelvo sobre ello más adelante.

¿Qué escribe López de Hoyos sobre el historiar? O mejor dicho, ¿qué pudo haber oído sobre la materia Cervantes en su juventud? A falta de otros testimonios, repasemos las dos obras antes citadas del maestro –tan cercanas al discípulo–, aunque nos dejemos otras más en el tintero.

En la introducción a las honras de don Carlos, López de Hoyos aparece como un historiador muy providencialista aún: toda la Naturaleza es historiadora de las grandezas de Dios (fol. 5r.) y, por otro lado, hay un enorme mar de cosas ocultas a la mente humana, cuestiones que le son incomprensibles y, por ende:

«deben los hombres tratar con mediocridad y moderación lo que dijeren y entre las manos tomen sin pretender dar sentencia sin vara ni meterse en la jurisdicción de los términos vedados de la providencia de Dios y régimen de su Iglesia» (fol. 5v.)

Según López de Hoyos, a la altura de 1568, una parte de lo historiable debía quedar oculto, por incomprensión para el historiador. Por otro lado, distingue dos tipos de pensadores. Oigámosle:

«Por no parecer más doctrinal que historiador [...] con la brevedad que fuere posible, contaré lo que en realidad de verdad pasó» (fol. 6r.).

Por un lado, están los «doctrinales», es decir, los teóricos, que, como aún no estuvieren desprendidos del componente divino del quehacer histórico, no son propiamente «historiadores», a quienes mueve, ante todo, la relación verdadera y a ser posible breve de los acontecimientos... sin exégesis; sin irse por las ramas: ¡cuán herederos somos de nuestro tronco intelectual!; ¡cómo participamos de los mismos intereses y problemas científicos!

En fin, López de Hoyos hace gala de sus conceptos al aplicarlos a rajatabla: en efecto, la descripción de las exequias empieza, no con una *laudatio* del muerto, ni con otro tipo de escena. Empieza, directamente, yendo al grano:

«Miércoles, catorce del mes de julio de este año de 1568, el príncipe se sintió indispuerto...» (fol. 6r.)

Dos ideas básicas antes de que cantara el gallo: en la vida hay cosas ocultas al entendimiento humano; el historiador ha de limitarse a describir.

Otro de los principios epistemológicos que preocupaban a aquellos humanistas, era el del estilo de la narración. No podía haber disfunción entre estilo y objeto. El tema, que es apasionante, nos desborda y se desborda en sí: porque, ciertamente, entre la función de cómo se describe lo que se escribe, está, en último término, la lengua que se ha de usar y ello nos lleva en el humanismo, a la creación de lenguas de cultura, como el español, castellano y de poca calidad en el siglo XIII, inmenso ya a finales del XV, superior para algunos al italiano, casi en pie de igualdad con el latín para otros.

López de Hoyos es el que nos lo advierte: al recogerse la princesa de Portugal, sabedora de la muerte del príncipe,

«puso un luto tan áspero, que cierto se había de historiar con otro estilo más grave y palabras más significativas» (fol. 11r.).

Y se puede cerrar ya este florilegio de referencias volviendo a oír a López de Hoyos. Se excusa de haber escrito acaso más de lo que el lector hubiera querido o más de lo que la Historia requeriría y advertía de que si se quería ya se habría leído suficiente:

«Aunque con este discurso hayamos hecho alguna digresión, no ha sido sin alguna consideración, por parecerme que con esto queda satisfecho el ánimo del lector...» (fols.. 41r-41v.)

Tales excusas pueden deberse a una fingida *affectatio*, pero también a que, en verdad, no se supiera cómo poner punto y final a la narración de un texto o hasta dónde tenía que llegar la narración. Me recuerda mucho los reproches que comunica Sancho a don Quijote que se han hecho a la I Parte por los muchos porrazos que se llevan y la respuesta de don Quijote: tenía que describirse todo, porque esa era la verdad de la Historia.

Era, en verdad, un problema narrativo. Acaso por eso, en muchas ocasiones, lejos de sintetizar, lo que hacen es cortar por lo sano, habida cuenta que todo resumen implica una suerte de falsedad y/o subjetivación del hecho narrado.

En el segundo de los textos que nos interesan hoy, el de las exequias de Isabel de Valois,⁷ aparecen problemas similares, como es lógico, ya que cuando aún no se había acabado de redactar un libro, hubo que ponerse con el otro. Como es bien sabido, el cardenal Espinosa era a quien dedicó todas sus obras el maestro Juan López. En la dedicatoria de ésta, la afectación es evidente y le dedica suplicantes palabras al cardenal para que con su presencia en la obra, pallee lo que falte de «estilo, como en su disposición», es decir estilo y estructura.

7. Juan LÓPEZ DE HOYOS, *Historia y relación verdadera de la enfermedad y felicísimo tránsito y suntuosas exequias tñebres de la serenísima reina de España, doña Isabel de Valois...*, Pierres Cossin, Madrid, 1569.

Problema que reitera una y otra vez: a la espera de que Espinosa sea el patrón de las letras hispanas («las letras de nuestra España»), le ruega que excuse si la obra es áspera o sin razón, que ya irá mejorando con el paso del tiempo. Y es que, de nuevo, las cosas de la muerte de la reina son «arduas», por lo que el estilo puede serlo también. No le tiembla la mano a Juan López para cerrar la dedicatoria a Espinosa poniendo de relieve que, a pesar de los fallos que tenga su libro,

«Y pues en cosas tan arduas como son las que de la Serenísima Reina doña Isabel de Valois, que en gloria sea, se podían historiar, sólo el haberlas acometido es grande hazaña»

Por su parte, en la segunda dedicatoria, hecha al Ayuntamiento de Madrid, recuerda que

«no menos gloria y triunfo se debe al historiador que escribe [...] y celebra las hazañas, proezas y cosas memorables de algún príncipe [...] que al mismo que las hace».

Porque, verdaderamente, en aquella España de los años 70 en que todos se quejaban de que no había una buena Historia de España, también eran conscientes los humanistas de que la función política y social del historiador era casi impagable:

«Los [héroes] sobredichos han adquirido y se han perpetuado y su nobleza ha sido más dilatada y conocida por lo que sus historiadores con sus escritos los han hecho inmortales entre las gentes y de ellos por sus historias hemos conocido, que no por lo que ellos hicieron» (vuelve en fol. 5 r. a exaltar la función política del historiador).

Y en la tercera de las exhortaciones que hace, esta vez al piadoso y discreto lector, le recuerda, y ya son palabras conocidas, que

«Todo lo que ha sido en mi he procurado huir de la envidiosa afectación, usando un elegante estilo cortesano, contando lo que en realidad de verdad pasó, porque en casi todo fui testigo de vista, y en lo que no he usado el testimonio de hombres muy graves y fidedignos en las historias...»

A grandes rasgos, lo anterior nos sirve para atisbar el López de Hoyos epistemólogo. Pero de López de Hoyos, como escritor de historia, aún hay más.

López de Hoyos, las Relaciones Topográficas y los desprecios de Cervantes

Ya ha quedado demostrado en otras partes: quien hizo la contestación a las *Relaciones Topográficas* de Madrid (que deberían llamarse *Descripción de los pueblos*) fue Juan López de Hoyos, maestro de Cervantes en el Estudio de la Villa.

Por eso esa contestación es un texto tan humanístico, no es una respuesta a un cuestionario. Por eso, que en esa contestación de Madrid aparezcan tantas semejanzas con otros escritos de López de Hoyos, especialmente en los dedicados a la muerte de Isabel de Valois, en los que, por vez primera, se recogen poemas debidos a Cervantes.

Un solo ejemplo: las fuentes ornamentales de Madrid, con las que tanto se entretiene el maestro Juan López en la "Descripción", están en el *Don Carlos*, en el *Isabel de Valois* (fols. 123 y 124), pero, sobre todo, en el *Ana de Austria* (fols. 7v-8r):

«Tiene las más y mejores fuentes, y de mejor agua que se hayan hasta ahora visto en el Prado, que dicen de san Jerónimo, *hay cinco fuentes de singular artificio, que tiene cada una una bacía de piedra berroqueña, que tiene de diámetro diez pies y media vara de borde, vaciadas por de dentro, asentadas sobre un balaustre de cinco pies de alto [...] En uno de los caños sale por la boca de un delfín con letra que dice "Bueno". El otro sale por la boca de una culebra, y a ésta rodean otras dos arrevueltas con una esfera, que tiene un espejo de bronce, y en el medio dice "Vida y Gloria". Luego, a la mano derecha...*», etc.

«En esta calle a sus lados se hicieron *cuatro fuentes de singular artificio*, suntuosa fábrica y particular compartimiento. Todas cuatro son de una muy excelente *pedra berroqueña*. Hace *cada una bacía* que hace una taza redonda. *Tiene de diámetro diez pies, media vara de bronce, vaciadas por de dentro y aovadas por defuera, asentadas sobre un balaustre de cinco pies de alto y grande corpulencia en su contorno [...] Sale por la boca de un delfín de bronce que se levanta del agua más de dos pies tiene una palabra de letra de relieve que dice "Bueno", el otro caño sale por la boca de una culebra, y a esta rodean otras dos arrevueltas y en la esfera que hacen tienen un espejo de bronce y en medio de él dice "Vida y Gloria" que corresponde...*», etc.

Es suficiente para demostrar que el mismo autor se reutiliza. Hay otros datos que demuestran la autoría de López de Hoyos. Pero lo que me inquieta y he planteado más de una vez es el maltrato al que somete Cervantes a su personaje ridículo, a su humanista. Me choca, digo, porque es López de Hoyos en la «Descripción de los pueblos» quien asevera que

«También hay otra fuente ochavada que mira a san Jerónimo que tiene otros cuatro caños y son estas las fuentes de Leganitos, Lavapiés, los Pilares Viejos, las Fuentes del Peral y de la Priora...»

Y es aquel humanista mitad engatusador, mitad despropósito intelectual el que dice que

«Otro libro tengo también, a quien he de llamar *Metamorfóseos, o Ovidio español*, de invención nueva y rara; porque en él, imitando a Ovidio a lo burlesco, pinto quién fue la Giralda de Sevilla y el Ángel de la Madalena, quién el Caño de Vecinguerra, de Córdoba, quiénes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés, en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño Dorado y de la Priora; y esto, con sus alegorías, metáforas y translaciones, de modo que alegren, suspenden y enseñan a un mismo punto» (*Quijote*, II, XXII).

¿Qué encierra ese desprecio tras treinta años de la muerte de López de Hoyos? Y como broche final, unos datos más: ni en el «Canto del Calíope» ni en el *Viaje del Parnaso*, ni en el «donoso escrutinio» aparece López de Hoyos.

La veracidad en Cervantes

Me encanta, y lo cito hasta la saciedad, un texto de Bernal Díaz del Castillo en el que se las veía difícilísimas para revestir sus escritos de veracidad y para que no parecieran aquellos denostados Amadises:

«Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a Méjico, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís [...] y algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entresueños, y no es de maravillar que yo lo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni aún soñadas, como vemos».

No sé si hay relación directa entre ese texto y otro de Cervantes, pero las similitudes son muchas:

«Otra vez se ha dicho que no todas las acciones no verisímiles ni probables se han de contar en las historias, porque si no se les da crédito, pierden su valor; pero al historiador no le conviene más de decir la verdad, parézcalo o no lo parezca. Con esta máxima, pues, el que escribió esta historia dice que Soldino, con todo aquel escuadrón de damas y caballeros, bajó por las gradas de la oscura cueva, y a menos de ochenta gradas se descubrió el cielo luciente y claro, y se vieron unos amenos y tendidos prados que entretenían la vista y alegraban las almas. Y, haciendo Soldino rueda de los que con él habían bajado, les dijo: –Señores, esto no es encantamiento» (*Persiles y Sigismunda*, III-XVIII).

Y es que, en efecto, escribir cosas verdaderas es un tópico en Cervantes. En ninguno de los textos principales en que se habla de Cide Hamete Berengeli, se habla de él como «historiador verdadero». Era, sí, «curioso y puntual» (Q., I-XVI); «sabio y atentado» (Q., I-XXVII). A él, por «autor primero» debían mostrarse todos agradecidos (Q., II-XL); es, frente a Avellaneda, «flor de los historiadores».⁸ Se le atribuyen muchas virtudes, ciertamente, pero no la de la veracidad

8. *Quijote*, II, cap. IXI: «De lo que le sucedió a don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras [cosas] que tienen más de lo verdadero que de lo discreto»: Bien sea venido a nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo que en fal-

de su relato. No creo fantasear en nada nuevo, pero hasta este punto llegan las vueltas y revueltas de Cervantes, que al hacer ficción, mantiene la realidad: Cide Hamete no podía ser historiador verdadero porque es un cuento. Y además porque era moro, como senequistamente advierte don Quijote.⁹

Cide Hamete inventaba. Por cierto, no sé si estoy equivocado, pero me gustan los argumentos de Benchebeb y Marcilly para llamar a Cide Hamete Berengeli por su nombre, «señor [Cide] que más alaba al Señor [Hamete] hijo del Evangelio [Ben-engeli]», o sea, Cervantes.¹⁰

Cide Hamete inventaba y por eso no puede ser historiador verdadero. Pero es historiador, aunque arábigo, pero historiador al fin.¹¹ Tampoco puede ser historiador verdadero porque es moro, de tal manera que, con esta realidad socialmen-

sas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores. No respondió don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron a que la respondiese, sino, volviéndose y revolviéndose con los demás que los seguían, comenzaron a hacer un revuelto caracol al derredor de don Quijote; el cual, volviéndose a Sancho, dijo: –Éstos bien nos han conocido: yo apostaré que han leído nuestra historia y aun la del aragonés recién impresa».

9. *Quijote*, II, cap. II: «Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de don Quijote, con otros sujetos graciosos»: «–Aún la cola falta por desollar –dijo Sancho–. Lo de hasta aquí son tortas y pan pintado; mas si vuestra merced quiere saber todo lo que hay acerca de las calofías que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja; que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller, y, yéndole yo a dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la historia de vuestra merced, con nombre del *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*; y dice que me mientan a mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y a la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros a solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió. –Yo te aseguro, Sancho –dijo don Quijote–, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia; que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. –Y ¡cómo –dijo Sancho– si era sabio y encantador, pues (según dice el bachiller Sansón Carrasco, que así se llama el que dicho tengo) que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berenjena! –Ese nombre es de moro –respondió don Quijote».

10. S. BENCHENEB y Ch. MARCILLY, "Qui était Cide Hamete Benengeli?", *Mélanges offerts à Jean Sarrailh*, Editions Hispaniques, Paris, 1966, vol. I, pp. 97-116.

11. "Cuando yo [explica Cervantes en el "Prólogo"] oí decir "Dulcinea del Toboso", quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de don Quijote. Con esta imaginación, le di priesa que leyese el principio y, haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*. Mucha discreción fue menester para disimular el contento que recibí cuando llegó a mis oídos el título del libro; y, salteándose al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que, si él tuviera discreción y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra" (*Quijote* I, IX).

te aceptada, acrecienta el sentido imaginario de la narración: «De los moros no se podía esperar verdad alguna».¹²

Y, entonces, se le plantean —a Cervantes, claro— ese sin fin de problemas formales que hay a la hora de historiar y que tantas y tantas veces aparecen en los tratados de teoría de la Historia del siglo XVI. Extraigo doce aforismos del diálogo entre el Bachiller Sansón Carrasco, don Quijote y Sancho, diálogo en que subyace una lección de epistemología de la historia. Alguna vez habré de citar otros relatos de Cervantes:

En primer lugar, que las cosas han de ser narradas con detalle, no «tan corta y sucintamente que apenas nos llegan a los labios».¹³

En segundo lugar, sólo son dignos de ser historiados los hechos pasados y conclusos.¹⁴

Tercero: sólo son dignos de ser historiados los hechos de los caballeros y no de los escuderos.¹⁵

12. *Quijote*, II, cap. III: «Del ridículo razonamiento que pasó entre don Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sansón Carrasco»: «Con esto se consoló algún tanto, pero desconsolóle pensar que su autor era moro, según aquel nombre de Cide; y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia, que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la había guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo a raya los ímpetus de los naturales movimientos; y así, envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, a quien don Quijote recibió con mucha cortesía».

13. «Sucedió a estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mención, porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo. Fuera de que Cide Hamate Benengeli fue historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas; y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente que apenas nos llegan a los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia o ignorancia, lo más sustancial de la obra. ¡Bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del otro libro donde se cuenta los hechos del conde Tomillas; y con qué puntualidad lo describen todo!» (*Quijote*, I-XVI).

14. *Quijote*, II, cap. III: «Pensativo además quedó don Quijote, esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo puestas en libro, como había dicho Sancho; y no se podía persuadir a que tal historia hubiese, pues aún no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que había muerto, y ya querían que anduviesen en estampa sus altas caballerías».

15. *Quijote*, II, cap. III: «Con todo eso, imaginó que algún sabio, o ya amigo o enemigo, por arte de encantamento las habrá dado a la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles que de algún vil escudero se hubiesen escrito, puesto —decía entre sí— que nunca hazañas de escuderos se escribieron».

Cuarto: el estilo narrativo ha de acompañar al objeto de la narración y así, «cuando fuese verdad que la tal historia hubiese [la del caballero andante don Quijote], siendo de caballero andante, por fuerza había de ser grandilocua, alta, insigne, magnífica y verdadera». ¹⁶ Sin embargo, al haberse escrito en lengua vernácula ha alcanzado más difusión de la que se podría querer ¹⁷. No obstante, a algunos fascinaba que historia tan disparatada, se dijera de manera tan elegante. ¹⁸

Quinto y sexto: las hazañas gloriosas deben escribirse para que no se olviden, pero es mejor en lengua vernácula que en latín; ¹⁹ en las lenguas vernáculas se pueden describir las hazañas. ²⁰

Séptimo: con la historia, con la biografía escrita en vida del protagonista, se alcanza la fama si la vida está siendo virtuosa y la infamia, en caso contrario. ²¹

16. *Quijote*, II, cap. III.

17. *Quijote*, II, cap. III: «Ahora digo –dijo don Quijote– que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que, a tientos y sin algún discurso, se puso a escribirla, salga lo que saliere, como hacía Orbaneja, el pintor de Úbeda, al cual preguntándole qué pintaba, respondió: “Lo que saliere». Tal vez pintaba un gallo, de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto a él: «Este es gallo». Y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comentario para entenderla. –Eso no –respondió Sansón–, porque es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que, apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: «Allí va Rocinante». Y los que más se han dado a su letura son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un *Don Quijote*: unos le toman si otros le dejan; éstos le embisten y aquéllos le piden. Finalmente, la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejanzas, una palabra deshonesta ni un pensamiento menos que católico».

18. *Quijote*, II, cap. LIX: «Donde se cuenta del extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió a don Quijote»: «Así quedaron admirados de sus disparates como del elegante modo con que los contaba».

19. *Quijote*, II, cap. III: «Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escritas, y rebíen haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de árabe en nuestro vulgar castellano, para universal entretenimiento de las gentes».

20. *Quijote*, II, cap. III: «Si por buena fama y si por buen nombre va –dijo el bachiller–, solo vuestra merced lleva la palma a todos los caballeros andantes; porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuestra merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades y el sufrimiento, así en las desgracias como en las heridas, la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuestra merced y de mi señora doña Dulcinea del Toboso».

21. *Quijote*, II, cap. III: «Hízole levantar don Quijote y dijo: –Desa manera, ¿verdad es que hay historia mía, y que fue moro y sabio el que la compuso? –Es tan verdad, señor –dijo Sansón–, que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no, dígalos Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso; y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga. –Una de las cosas –dijo a esta sazón don Quijote– que más debe de dar contento a un hombre virtuoso y eminente es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa. Dije con *buen nombre* porque, siendo al contrario, ninguna muerte se le igualará».

Octavo: los historiadores pueden errar, pero hay yerros sin importancia y falsedades.²²

Noveno: historiar es, aunque no se quiera, materia subjetiva. Porque el sujeto historiado puede querer que le sean enaltecidas unas cuestiones, el historiador va por otros derroteros, y el lector, por unos terceros.²³ En cualquier caso, la historia que se escribe es hija del escritor o, para ser más claros, retomemos la despedida de Cide Hamete, indignadísimo con Avellaneda, aún después de la muerte de don Quijote: «Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordessillesco que se atrevió, o se ha de atrever, a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero». Aún más, las últimas palabras: «no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que, por las *de mi verdadero* don Quijote, van ya tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna».

Décimo: No todo ha de ser narrado en las historias; sólo lo trascendental, lo que sirva para dar fama: «Las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia».²⁴ En el mismo sentido se declara en el *Persiles*, en un párrafo en el que, además, amplía su reflexión a la diferencia que hay entre historiar y fular: «Las peregrinaciones largas siempre traen consigo diversos acontecimientos

22. *Quijote*, II, cap. III: «Nunca –dijo a este punto Sancho Panza– he oído llamar con don a mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia. –No es objeción de importancia ésa –respondió Carrasco».

23. *Quijote*, II, cap. III: «No, por cierto –respondió don Quijote–; pero dígame vuestra merced, señor bachiller: ¿qué hazañas más son las que más se ponderan en esa historia? –En eso –respondió el bachiller–, hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos se atienen a la aventura de los molinos de viento, que a vuestra merced le parecieron Briareos y gigantes; otros, a la de los batanes; éste, a la descripción de los dos ejércitos, que después parecieron ser dos manadas de carneros; aquél encarece la del muerto que llevaban a enterrar a Segovia; uno dice que a todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala a la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno. –Dígame, señor bachiller –dijo a esta sazón Sancho–: ¿entra ahí la aventura de los yangüeses, cuando a nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo?».

24. *Quijote*, II, cap. III: «No se le quedó nada –respondió Sansón– al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. –En la manta no hice yo cabriolas –respondió Sancho–; en el aire sí, y aun más de las que yo quisiera. –A lo que yo imaginó –dijo don Quijote–, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos. –Con todo eso –respondió el bachiller–, dicen algunos que han leído la historia que se holgaran se les hubiera olvidado a los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor don Quijote. –Ahí entra la verdad de la historia –dijo Sancho. –También pudieran callarlos por equidad –dijo don Quijote–, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fee que no fue tan piadoso

tos, y, como la diversidad se compone de cosas diferentes, es forzoso que los casos lo sean. Bien nos lo muestra esta historia, cuyos acontecimientos nos cortan su hilo, poniéndonos en duda dónde será bien anudarle; porque no todas las cosas que suceden son buenas para contadas, y podrían pasar sin serlo y sin quedar menoscabada la historia: acciones hay que, por grandes, deben de callarse, y otras que, por bajas, no deben decirse; puesto que es excelencia de la historia que cualquiera cosa que en ella se escriba puede pasar, al sabor de la verdad que trae consigo; lo que no tiene la fábula, a quien conviene guisar sus acciones con tanta puntualidad y gusto, y con tanta verisimilitud que, a despecho y pesar de la mentira, que hace disonancia en el entendimiento, forme una verdadera armonía» (*Persiles y Sigismunda*, III-X). Luis Cabrera de Córdoba nos habla sobre la «Materia de la historia» proponiéndonos que «el escribe cosas humildes o indignas de saberse [...] descubre mala inclinación»,²⁵ así como que el historiador ha de tener la cabeza bien en su sitio para «saber bien distinguir las cosas para ordenarlas, porque la variedad no las confunda ni enrede».²⁶

Al descubrir el manuscrito de Cide advierte algunos fallos, y «otras algunas menudencias había que advertir, pero todas son de poca importancia y que no hacen al caso a la verdadera relación de la historia; que ninguna es mala como sea verdadera» (*Quijote*, I-IX). Por cierto, ¿cuántas «verdaderas relaciones» se escribieron en nuestros siglos XVI y XVII?

Décimoprimer: el historiador, frente al poeta, ha de contar la verdad de las cosas.²⁷ Luis Cabrera de Córdoba dedica varios párrafos a la comparación entre poesía e historia.²⁸

Décimosegundo: Cervantes cree en la necesidad de la censura, sobre todo si en historia se falta a la verdad, que es ponderada como cuestión sagrada: «los his-

Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero». Igualmente: *Quijote*, II, cap. LX: «De lo que sucedió a don Quijote yendo a Barcelona»: «Sucedió, pues, que en más de seis días no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas o alcornoques; que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele».

25. CABRERA DE CÓRDOBA, *De Historia. Para entenderla y escribirla*, discurso XI, pp. 46 y ss., en concreto, p. 47.

26. *Ibidem*, discurso XIII, pp. 50 y ss., en concreto, p. 51.

27. *Quijote*, II, cap. III: «Así es —replicó Sansón—, pero uno es escribir como poeta y otro como historiador: el poeta puede contar, o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna». Más adelante, de nuevo: «Me ha dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfadan las cosas que de mí se cuentan; que a fe de buen escudero que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo, como soy, que nos habían de oír los sordos».

28. CABRERA DE CÓRDOBA, *op. cit.*, discurso IV, pp. 23 y ss.

toridores que de mentiras se valen habían de ser quemados».²⁹ Sobre el control y la censura, vuelve a incidir en otros tantos arbitrios: en la instauración del protomedicato (*Quijote*, I, XLVIII), en la existencia de protoalcaldes, etc. Es decir, el individuo por sí mismo tiene tendencia a errar y han de ser las autoridades las que encaucen hacia el bien común los actos de la colectividad.

Por cierto, el parlamento en contra de las comedias históricas –sobre todo de éstas–, mal armadas cronológicamente, y poco veraces, tiene raíces en la lógica de los tiempos. Luis Cabrera de Córdoba, aunque años después, dirá que «el orden de los tiempos hace la historia clara, y la perturbación della y confusión dellos, ciega y obscura...»³⁰

Como es bien sabido, Sancho se retira de la escena –poco después del famoso «no hay libro malo» y de que se vea que algunos pierden su fama al editar sus palabras– cuando el bachiller advierte de algunas cosas inconclusas; el bachiller y don Quijote continúan la conversación y comparten el tiempo agradablemente. Renacerá el diálogo cuando Sancho esté dispuesto a contar qué pasó con su asno y qué con cien reales.³¹ Mas no sólo es en ese diálogo en el que Cervantes muestra su capacidad historiográfica, sino que vuelve sobre las cuestiones de teoría y metodología de la Historia en otros pasajes. Naturalmente, al reflexionar sobre el cartapacio del Alcaná de Toledo:

«Habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rancor ni la afición, no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En ésta sé que se hallará todo lo que se acertare a desear en la más apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto».

Desde la simpleza de Sancho, cuando está dándole el nombre al caballo Clavileño (ya se le había dado nombre nuevo al baci-yelmo, o a los poet-ambres...), se

29. *Quijote*, II, cap. III: «A escribir de otra suerte –dijo don Quijote–, no fuera escribir verdades, sino mentiras; y los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados, como los que hacen moneda falsa; y no sé yo qué le movió al autor a valerse de novelas y cuentos ajenos, habiendo tanto que escribir en los míos: sin duda se debió de atener al refrán: «De paja y de heno...», etcétera. Pues en verdad que en sólo manifestar mis pensamientos, mis suspiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos pudiera hacer un volumen mayor, o tan grande que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efeto, lo que yo alcanzo, señor bachiller, es que para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento. Decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios: la más discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar a entender que es simple. La historia es como cosa sagrada; porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios, en cuanto a verdad; pero, no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos».

30. CABRERA DE CÓRDOBA, *op. cit.*, discurso II-II, pp. 76 y ss., en concreto, p. 77.

reivindica una historia popular, no sólo de reyes y reinos. El tema tampoco es nuevo —es una de las obsesiones de Páez de Castro; es el título de Herrera y su *Historia de los castellanos...*—, pero puesto en boca de un personaje cómico-histórico, tiene su curiosidad. En efecto, Sancho reivindica por qué puede ser historiable; entre otras cosas por «ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debían los historiadores tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos»³² y añade:

«—¡Aquí del rey! —dijo Sancho—: ¿qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿Hanse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡Cuerpo de mí! Aun si dijese los historiadores: “El tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano, su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla”. Pero, ¡que escriban a secas: “Don Paralipomenón de las Tres Estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos”, sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente a todo, como si no fuera en el mundo!»³³.

En las formas del relato histórico, el autor también ha de tener libertades y elegir el orden de la narración³⁴. Ahora bien, es necesaria la correcta estructura del texto así como su proporcionalidad, de tal suerte que si en algo se falla, se habrá descrito más un monstruo que un libro, como suele acontecer en los de caballerías³⁵. Luis Cabrera de Córdoba escribe «resumirá [el historiador] la narra-

31. *Quijote*, II, cap. IV: «Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sansón Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse».

32. *Quijote*, II, cap. VIII: «Donde se cuenta lo que le sucedió a don Quijote yendo a ver su señora Dulcinea del Toboso»: «Eso es lo que yo digo también —respondió Sancho—, y pienso que en esa leyenda o historia que nos dijo el bachiller Carrasco que de nosotros había visto debe de andar mi honra a coche acá, cinchado, y, como dicen, al estricote, aquí y allí, barriendo las calles. Pues, a fe de bueno, que no he dicho yo mal de ningún encantador, ni tengo tantos bienes que pueda ser envidiado; bien es verdad que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos asomos de bellaco, pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mía, siempre natural y nunca artificiosa. Y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debían los historiadores tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos. Pero digan lo que quisieren; que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; aunque, por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren».

33. *Quijote*, II, cap. VIII.

34. *Quijote*, II, cap. XLVI: «Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora»: «Donde le sucedió otra aventura más gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora, por acudir a Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno».

35. «Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que, facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan, de modo que anden a un mismo paso la admiración y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitación, en quien consiste la perfección de lo que se escribe. No he visto ningún libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio; sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intención a formar una quimera o un monstruo que a hacer una figura proporcionada» (*Quijote*, I, xlviii).

ción a los principales puntos y hechos [...]. Sale de la historia y [la] hace monstruosa [si la hace] irregular»³⁶.

Además, al escribir en lengua vulgar, cuestión de innegable interés en Cervantes (en la aprobación de las obras de López de Hoyos se achaca que aunque estén en lengua vernácula son útiles), la recompensa es mucho mayor, porque el relato llega a todos. Traigamos a colación las palabras de aquella joven e inculta campesina que ella lee, mientras que sus familiares han oído: «Si no es que nos miente y nos engaña una historia que de sus hazañas anda impresa y yo he leído»³⁷.

La alteración de la verdad hace que el historiador pierda el respeto que se le debe. Cuando don Jerónimo, Sancho y don Quijote están criticando el texto de Avellaneda, según don Quijote hay tres cuestiones por las que debe ser reprehendido el plagiaro: Por lo que dice en el prólogo, por escribir en aragonés y por fallar en el nombre de la esposa de Sancho. Es una crítica desconcertante, desde luego: valga lo del prólogo, pero no lo del uso de una lengua vernácula, salvo que no la considerara de cultura, como el vascuence y, en otra parte ciertos yerros no son trascendentes.³⁸

36. CABRERA DE CÓRDOBA, *op. cit.*, discurso XIII, pp. 50 y ss., pp. 52 y 53 concretamente.

37. *Quijote*, II, cap. LVIII: «Que trata de cómo menudearon sobre don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas a otras»: «¡Ay, amiga de mi alma –dijo entonces la otra zagala–, y qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? Pues hágote saber que es el más valiente, y el más enamorado, y el más comedido que tiene el mundo, si no es que nos miente y nos engaña una historia que de sus hazañas anda impresa y yo he leído. Yo apostaré que este buen hombre que viene consigo es un tal Sancho Panza, su escudero, a cuyas gracias no hay ningunas que se le igualen. –Así es la verdad –dijo Sancho–: que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuestra merced dice, y este señor es mi amo, el mismo don Quijote de la Mancha historiado y referido. –¡Ay! –dijo la otra–. Supliquémosle, amiga, que se quede; que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello, que también he oído yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho, y, sobre todo, dicen dél que es el más firme y más leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, a quien en toda España la dan la palma de la hermosura».

38. *Quijote*, II, cap. LIX: «–En esto poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehensión. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos, y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia; porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutiérrez, y no llama tal, sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demás de la historia. A esto dijo Sancho: –¡Donosa cosa de historiador! ¡Por cierto, bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama a Teresa Panza, mi mujer, Mari Gutiérrez! Tome a tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí y si me ha mudado el nombre. –Por lo que he oído hablar, amigo –dijo don Jerónimo–, sin duda debéis de ser Sancho Panza, el escudero del señor don Quijote. –Sí soy –respondió Sancho–, y me precio dello. –Pues a fe –dijo el caballero– que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: pintaos comedor, y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe».

Por otro lado, como decía antes, no sólo es en el diálogo que me sirve de guión en donde Cervantes alude a la epistemología del historiador. En verso lo hace en *Del mismo*, en alabanza de la presente obra

Si, así como de nuestro mal se canta
 en esta verdadera, clara historia,
 se oyera de cristianos la victoria,
 ¡cuál fuera el fruto d'esta rica planta!
 Así cual es, al cielo se levanta
 y es digna de inmortal, larga memoria,
 pues, libre de algún vicio y baja escoria,
 al alto ingenio admira, al bajo espanta.
 Verdad, orden, estilo claro y llano
 cual a perfecto historiador conviene,
 en esta breve summa está cifrado.
 ¡Felice ingenio, venturosa mano,
 que, entre pesados yerros apretado,
 tal arte y tal virtud en sí contiene!

También lo había hecho ya en 1605 en *Quijote*, I-IX, donde explicaba por qué se había de escribir historia, para que no cayeran en el olvido los hechos famosos de los prohombres:

«Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre que a tan buen caballero le hubiese faltado algún sabio que tomara a cargo el escrebir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó a ninguno de los caballeros andantes, de los que dicen las gentes que van a sus aventuras, porque cada uno dellos tenía uno o dos sabios, como de molde, que no solamente escribían sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos y niñerías, por más escondidas que fuesen; y no había de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase a él lo que sobró a Platir y a otros semejantes. Y así, no podía inclinarme a creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada; y echaba la culpa a la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas, el cual, o la tenía oculta o consumida».

La necesidad expresada por Cervantes en 1605 era antigua:

«Suplicamos a Vuestra majestad mande a personas doctas que entiendan en recopilar crónicas viejas y antiguas destes reynos porque no se olvide la memoria de los grandes hechos de sus predecesores y de sus súbditos» (Cortes de Toledo de 1538).

Y esa necesidad es la que da vida al propio Ambrosio de Morales, que en el "Prólogo" a sus *Antigüedades de las ciudades de España* señala el motivo que le movió a escribir su historia:

«No tener nuestros españoles cuasi historia ninguna de las cosas antiguas que acá sucedieron en tiempo que los romanos la conquistaron, señorearon, y perdieron».

Además, explicita las causas que le movieron a escribir su Historia y las adorna con unas reflexiones y con una anécdota: los extranjeros, «muchas veces nos dan en rostro con que nunca hemos sido los españoles para hazer una historia de nuestras cosas, ni dar una buena relación de nuestras antigüedades». Así que recuerda que en la Corte de Francia, en 1560, causaba perplejidad las pocas historias que había de España hechas por españoles y que esa cuestión podría generar una lamentable situación: que la Historia de España la escribieran extranjeros. Así que, humillado, decidió escribir ya la Historia de España, porque siempre había sentido la inclinación a ello desde que era pequeño.

Esto de los franceses ensalzando la mediocridad hispana se recoge en la «Aprobación» de Márquez Torres en *El Quijote II*. Cervantes debió leer a Ambrosio de Morales. Y lo debió criticar veladamente, porque contra él y esas formas de hacer historia debió la ridiculización del humanista y sus fuentes y caños, como aparecieron en *Las Relaciones Topográficas* o en tantas corografías de finales del XVI y del XVII.

Vence el tiempo y aunque no voy a poner el pie en ningún estribo, que no tengo ganas todavía, sí que recordaré cómo en su epistolario el humanista Enrique Cock –cronista de la guardia real de los archeros de Felipe II y narrador de los dos viajes regios a la corona de Aragón, el de 1585 y el de 1592– se sentía orgulloso de su biblioteca, cercana a 600 volúmenes, en la que había recogido a todos los historiadores. Al morir, en el aposento de sus estanterías, el torpe escribiente que fue haciendo el inventario *post mortem* de sus bienes fue anotando esos libros que el ahora difunto había considerado de Historia: Tras un «Palmerín de Oliba en romançe», «La historia del ynfante luçescanio», «Sergas desplandián», «Primaleón de oliba», «Lisuarte de grecia», «El caballero de la ardiente espada», «Don florisel de niquea», por cuatro veces se repite la frase «otro del dicho»; «otro del caballero de la fe» y, repentinamente, tras otros textos que no eran de caballería, aparecen «Olibante de Laura en romance, don Belyanís de Grecia en romance, segunda parte del dicho, vn libro en francés de armas, otro en latín sin título, otro de los santos y mártires despaña en latín», y siguió así el inventario.

En fin, concluiré este repaso por escritos y obras haciendo alusión a un par de reflexiones del *Persiles* que me han llamado siempre la atención en Cervantes:

«La historia la poesía y la pintura simbolizan entre sí, y se parecen tanto que, cuando escribes historia, pintas, y cuando pintas, compones. No siempre va en un mismo peso la historia, ni la pintura pinta cosas grandes y magníficas, ni la poesía conversa siempre por los cielos. Bajezas admite la historia; la pintura, hierbas y retamas en sus cuadros; y la poesía tal vez se realza cantando cosas humildes» (*Persiles y Sigismunda*, III, XIV).

La segunda es una socarrona aproximación al objeto del análisis histórico y el sujeto que hace historia:

«El autor desta historia sabía más de enamorado que de *historiador*, porque casi este primer capítulo de la entrada del segundo libro le gasta todo en una difinición de celos» (*Persiles*, I).

Sentencias que, desde luego, son algo más descarnadas en un aforismo (103) del tacitista Antonio Pérez, escrito en las mismas fechas:

«Los príncipes habrían de temer a los historiadores más que a los grandes pintores las mujeres feas».

Cervantes historiador

Hay un bellissimo capítulo en el Quijote, que es el de la narración autobiográfica del cautivo. No se trata, o no creo que se trate, de una narración autobiográfica de Cervantes, porque no tenemos noticias de que él estuviera en Flandes, mientras que el excautivo sí que dice haber andado por allí. Por ello pienso que es tanto autobiografía, cuanto homenaje a su hermano Rodrigo, como narración imaginativa. El caso es que, llevado por la curiosidad cotejé algún texto en Simancas sobre Túnez en 1574 y, en verdad que iba de sorpresa en sorpresa. Quiero decir que la precisión de la narración, la viveza y lo que se rastrea con documentación de archivo es de una exactitud tan evidente que no deja lugar a dudas: Cervantes, que estuvo en la «continuación de Lepanto» (Lepanto, desde mi punto de vista no termina en 1571, sino en 1574 con la pérdida de Túnez), presencié escaramuzas, oyó heroicidades y se dispuso a hacer una disimulada descripción de aquello, como si de una crónica se tratara... ¡treinta años después de haber concluido la pesadilla!

El 27 de octubre de 1574 Felipe II hacía pública su determinación de que don Juan de Austria se trasladara a Berbería para vigilar *in situ* los trabajos de fortificación de Portofarin y Bizerta, «por ser lo que más importa a mi servicio en general y en particular a la conservación y seguridad de esos reynos [...] me he resuelto der ordenarle que él en persona vaya a Berbería y esté y asista allá y atienda a hazer y fortificar los dichos fuertes» y que no volviera a Europa hasta que hubieran terminado los trabajos. La empresa requeriría de todos los apoyos posibles «haciendo en ello más de lo posible [...] que le proveáis de todo quanto os pidiere dese reino», y es que afianzar esas plazas, decía Felipe II, «no se trata ni va menos en ello que de la seguridad y defensa de todo, y es bien que escarmentemos de lo pasado». Estimaba Felipe II que se necesitarían de seis mil a siete mil gastadores, no hombres de guerra, que estos no suelen querer hacer esos trabajos. Los gastadores irían desde Nápoles, Sicilia y Cerdeña. Igualmente exigía Felipe II la correcta provisión de la gente de guerra de la armada y, si faltara dinero, que se pidieran préstamos.³⁹ La carta iba dirigida al Du-

39. Sobre esto insiste en una carta de 9 de noviembre de 1574. AGS, *Estado. Italia*, 1065.

que de Terranova y al cardenal Granuela.⁴⁰ Las cartas que se remitían las tenía que revisar el propio Felipe II, al cual se le prepararon borradores de lo que «ha de poner de su mano en las cartas del Cardenal de Granvela y Duque de Terranova», con largos textos de este tenor: «Yo os ruego y encargo mucho que todo lo que aquí se os dize lo cumpláis como yo de vos confío [...] no aya escusa en el cumplimiento y provisión dellas...» El rey revisó esas órdenes y de su puño y letra escribe al margen «hasta la raya bastará».⁴¹

También, unos meses antes, Felipe II había felicitado a Santa Cruz por algunas decisiones: «Hame parecido muy bien el hauer embiado a don Bernardino de Velasco a Túnez con veinte galeras a llevar las provisiones que se embían desde Reino para aquel fuerte y para el de La Goleta...».⁴² Eran tiempos de felices expectativas triunfales. También estaba el rey satisfecho con la idea de Santa Cruz de trasladar a todos los soldados del fuerte de Túnez a La Goleta.⁴³ Y a Granvela le felicitaba de las ayudas que desde Nápoles se mandaban a Túnez, «he holgado mucho de entender lo que de ese reino se ha proveído para el fuerte de Túnez y La Goleta [...] acabado este verano se mirarán lo que convendrá hacer hacer del dicho fuerte de Túnez y a su tiempo se os avisará de la resolución que se tomare». También le felicitaba por haber resuelto instado a don Juan que mandara a La Goleta mil soldados de los de Cerdeña y algunos capitanes avezados con ellos para asisitr a don Pedro Portocarrero.⁴⁴

En octubre de 1574 Felipe II compartía opinión con Granvela, sobre mandar caballería a La Goleta y Túnez.⁴⁵ En las semanas siguientes se suceden las órdenes de refuerzo de las armadas, y en medio de este ambiente de guerra, hay una frase de Felipe II que muestra la otra cara de la realidad: «y porque mejor se puedan entretener las 30 [galeras] ordinarias dél [del reino de Nápoles], se sostengan las veynte por quenta extraordinaria» y así tener en pie de guerra hasta cincuenta... pero 20 por vía extraordinaria. ¿Demasiado caro? En fin, que aunque se licenciara a la gente, se les mantuviera con dineros aprestados para embarcar y que se armaran más buques son dos nuevas órdenes de Felipe II quien ordena, igualmente, que de la correspondencia a Granvela, mande copia a su hermano don Juan porque el rey sospecha, o sabe, que las relaciones entre Granvela y don Juan no son muy buenas.⁴⁶

Sin embargo, a 20 de diciembre de 1574 el rey de nuevo a Granvela: «Vista que ya por agora no ay qué tratar de los fuertes de Bervería y que la persona del

40. AGS, *Estado. Italia*, 1065/144.

41. AGS, *Estado. Italia*, 1065/145.

42. AGS, *Estado. Italia*, 1065/165, desde Madrid, 21 de julio de 1574.

43. AGS, *Estado. Italia*, 1065/167, desde Madrid, 28 de agosto de 1574.

44. AGS, *Estado. Italia*, 1065/132.

45. AGS, *Estado. Italia*, 1065/144, desde Madrid, 30 de octubre de 1574.

46. AGS, *Estado. Italia*, 1065/148, desde Madrid, 21 de noviembre de 1574.

Ilustrísimo don Juan de Asutria mi hermano está en Mesina», se paralizaba lo de las fortificaciones «cesando ya por agora la execución de aquello», aunque se insistía en que se le diera toda la ayuda necesaria⁴⁷.

¿Cuál era el motivo de tan sorprendente cambio de política estratégica? Sencillamente, un mejor conocimiento de la realidad. En efecto, entre las órdenes importantísimas de 27 de octubre de 1574 y la de 20 de diciembre se habían recibido en Madrid «las de VIII y XIII de octubre [desde Nápoles] y con esta última los despachos del Ilmo. Don Juan de Austria mi hermano, con el aviso de la pérdida del fuerte de Túnez, que lo he sentido quanto es razón». Hacía tiempo que el rey había mostrado cierta zozobra por la falta de informaciones, «mucho deseo saber la llegada de mi hermano a Sicilia y el suceso que habrá tenido lo de la Goleta»⁴⁸. Ya tenía la respuesta, esa que nunca gusta escuchar. «La pérdida de la Goleta se ha sentido quanto es razón [...] de lo que toca al fuerte de Túnez estamos aguardando» las noticias de lo que «aurá sucedido» decía Felipe II a Santa Cruz.⁴⁹

En las órdenes a Granvela y Terranova, añadía el rey lacónicas instrucciones que, desde luego, afectaban a Cervantes: «los XII mil escudos que se deuen a la infantería española que estos años pasados han servido en la armada, será bien que se vayan pagando poco a poco como me escribís que lo pensáades hazer».⁵⁰

Del mismo modo que se recibían noticias de la pérdida de Túnez, se recibían en el sentido de que el turco se había retirado a invernar. Por ello, «ha parecido que ya no hay que tratar por agora de lo que estaba resuelto pues no se podría ya emprender ninguna fortificación habiéndose deshecho las fuerzas que estaban juntas y metido a invernar la armada y que así lo que adelante cerca desto hubioere de hacer se devrá yr mirando más despacio»: la situación era clara, tras la pérdida de Túnez, se paralizaban las operaciones de envergadura en el Mediterráneo.

Eran tiempos de reorganización. Por tanto, que se hiciera todo lo posible para que Nápoles costeara sobradamente sus 50 galeras; que se adiestrara hasta primavera ala caballería ligera del reino y que «el tercio de infantería española desse reino se rehinchá muy cumplidamente al número de los quatro mil que suele hauer para lo qual y para lo demás que será menester para rehinchir los otros tercios y meter en otras partes gente extraordinaria se terná cuenta que se vayan desde luego haziendo las provisiones necesarias». Del

47. AGS, *Estado. Italia*, 1065/150, desde Madrid, 20 de diciembre de 1574. El mismo día se informaba a Granvela de que se estaba construyendo en España toda la artillería posible.

48. AGS, *Estado. Italia*, 1065/168, a Santa Cruz, desde Madrid, 6 de octubre de 1574.

49. AGS, *Estado. Italia*, 1065/70, desde Madrid, 27 de octubre de 1574.

50. AGS, *Estado. Italia*, 1065/ 152, desde Madrid a 20 de diciembre de 1574.

mismo modo, se planeaba la fortificación de Nápoles y Sicilia. Para ello se le habían enseñado planos y noticias mandadas desde allá a Escipión Campi. Pero había que movilizar soldados. Así que se había decidido «levantar y juntar vn golpe de gente extraordinaria de hasta doze mil hombres que estén de respeto y sobresalientes para socorrer y acudir con ellos a donde conviene y que sean estos tres mil españoles extraordinarios, tres mil italianos y seys mil alemanes». Cervantes, el manco, desde luego no podía figurar entre esos tres mil extraordinarios. Sobraba y eso que al año siguiente se debía juntar toda la armada de don Juan en Mesina⁵¹.

Pero la guerra había pasado de ser defensiva en el Norte de África, a defensiva en Italia.⁵² No eran tiempos de alegrías: «Viendo la necesidad grande acá y las dificultades con que se provee el dinero para tantas partes...» se ha pensado en pedir una ayuda a Nápoles y a Sicilia porque la mayor parte del gasto se iba en sus defensas.⁵³

El 29 de agosto de 1575, Sancho de Zorroza certificaba el estado de cuentas de las flotas de Nápoles y Sicilia. Desde luego sus impresiones no eran muy optimistas, porque había deudas por todas partes. Que el informe tenía una intención, cual era la de sumarse a quienes opinaban que había que hacer saltar por los aires los préstamos genoveses no pagándoles los intereses, es evidente.⁵⁴ Por lo demás, la lectura de las informaciones es, cuando menos, sorprendente. Al margen de darnos sutiles informaciones de cómo en aquella economía circulaba el dinero fiduciario e iban y venían letras de cambio, o que para lograr liquidez había que recurrir a los famosos asientos, consignados por los Grimaldi (con Colmenares a remolque), a letras, a consignaciones en un puerto, en otra plaza bancaria, con un agente acá y otro allá, también se nos habla de que se van haciendo libranzas «a la infantería alemana del cargo del conde Jerónimo de Lodrón [...] por la mucha necesidad que tenía». Junto a ello, se certificaba también que ni en poder del pagador de las armadas, ni de ningún oficial suyo «no hay agora ningún dinero por haberse gastado todo el que se ha recibido» y que el fondo del arca se le daba de nuevo a los alemanes «atento lo mucho que se les debe». La situación era tan agobiante que la relación pormenorizada de todo ello no se remitía a Madrid: «Por la prisa, no se envía».

51. AGS, *Estado. Italia*, 1065/153.

52. Comparto las ideas de Giuseppe MELE en «La difesa dal Turco nel Mediterraneo Occidentale», en B. Anatra y G. Murgia, dirs., *Sardegna, Spagna e Mediterraneo*, Cagliari, 2004, pp. 143-163; así como en «La difesa del Regno di Sardegna nella seconda metà del Cinquecento», en B. Anatra y F. Manconi, dir., *Sardegna, Spagna e Stati italiani nell'età di Filippo II*, Cagliari, 1998, y, por supuesto, Giuseppe MELE, *Torri e cannoni*, Cagliari, 2000.

53. AGS, *Estado. Italia*, 1065/155. También 20 de diciembre.

54. «Para que se vaya proveyendo en sazón y en forma tal que su Majestad no venga a padecer los excesivos intereses que al presente padece», AGS, *Estado*, 10171, al final del memorial.

Por cierto, ya sabía Felipe II lo que pasaba con Lodrón, porque le había informado Granvela en junio de 1574. El rey le comunicaba que se estaba trabajando, con respecto a esta coronelía de alemanes, que «también se procura de dar orden en descargar a ese reino lo más que se pudiere», pero «las necesidades por todas partes son tan grandes que no se puede hacer, cierto, más de lo que se hace».⁵⁵

Las deudas estimadas acumuladas hasta ese mes de agosto que concluía, ascendían a la nada despreciable cantidad de 833.900 escudos, es decir, casi tres millones de kilos de oro de deudas. A ese agujero, había que añadir los intereses que estaban a punto de finiquitar. De tal manera que en cuestión de un mes se necesitarían 1.068.640 escudos de oro (3,5 millones de kilos de oro), de los que se podrían conseguir con rapidez la mitad aproximadamente. En esa montaña de deudas se computaba lo que se debía a Cervantes: «A las veinte compañías de la infantería española del tercio del maestre de campo don Lope de Figueroa que está en Sicilia, en que habrá dos mil y trescientos soldados poco más o menos, se les deberán hasta fin de agosto treinta y cinco mil escudos por cuatro meses que se les deben desde primero de mayo», cuando se les pagaron otros atrasos de diciembre de 1574.

Es evidente, por tanto, que la irregularidad de las pagas, así como las incertidumbres de cara al futuro, animaron a los hermanos Cervantes a abandonar el ejército de Italia. En ese momento, en ese ejército había infantería española, italiana y alemana (con esos soldados trabaría contacto Cervantes, sin duda); y había caballería ligera y se computaba un hospital militar y artillería y espías, correos y gastos secretos. De entre las partidas de ese ejército había un aparato especial para socorro de la gente de «Túnez y La Goleta» y un largo apartado de «Diversas deudas y gastos». El papel de los espías era incesante y necesario. La misión de Cervantes a Orán es buena prueba de ello. En Simancas se conservan muchos informes de espías.⁵⁶

El mismo contador informaba de que cada mes venía costando la armada de Italia con sus 39 galeras. El tercio de Lope de Figueroa, 12.500 escudos al mes, o sea, algo más de 40 mil kilos de oro.⁵⁷ Y como todas estas cuentas no se hacían de la noche al día, podemos intuir que, desde luego, las angustias venían de tiempo atrás y que la victoria de Lepanto significaría un balón de ánimo, un gasto hecho necesario y justificable. Si se hubiera perdido la armada católica en aquella campaña...

Esto de licenciarse o alistarse no era infrecuente. Por ejemplo, el tercio de Lope de Figueroa, tenía cuarenta y dos compañías. El 7 de junio de 1576 se les pasó

55. AGS, *Estado*, 1065, 132, del rey a Granvela, Madrid a 21 de julio de 1574.

56. Tengo a la vista fotocopias de AGS, *Estado*, 1144.

57. AGS, *Estado*, 1071, 3, en la misma fecha, 29 de agosto de 1575.

revista. Había 5.647 soldados viejos a los que habría que añadir 272 eran nuevos, o sea, 5.919 alistados. Los Cervantes se habían ido ya. El 17 de septiembre se les volvió a pasar revista, había menos soldados: 5.541, casi 400 habían abandonado las armas en poco más de tres meses.⁵⁸ Tras la suspensión de pagos de 1575, vino el saco de Amberes y, entre otras decisiones, la reducción drástica de los soldados de Italia.⁵⁹

La pérdida de La Goleta fue un revés de tal magnitud para la política mediterránea de la Monarquía que no se salió de ello. El abandono del fuerte fue un acto heroico y necesario. Es bien conocido el texto cervantino de *Quijote*, I, XXXIX a XLII, en que el cautivo narra su propia vida. Claro que, si ese texto se lee sin ver que es Cervantes el que lo dicta, no se entiende. Es un importantísimo texto mitad autobiográfico, mitad histórico, mitad ficticio. Demuestra que además de todo, Cervantes tenía dotes epistemológicas para ser historiador.

Lo que en ello jugaran López de Hoyos, sus propias experiencias o sus lecturas, nunca lo sabremos. Pero consten aquí mis dudas y certidumbres. Valga.

58. AGS, *Estado*, 1071, 3, desde Nápoles, 26 de noviembre de 1576.

59. MELE, «La difusa dal Turco», p. 157.